

La liga antigermanófila española. ("La Nación", Buenos Aires (R. A.), 30 julio 1917)

5-89 1

LA LIGA ANTIGERMANOFILA ESPAÑOLA

(Para LA NACION)

SALAMANCA, Junio 16 1917.

Ayer hace ocho días, el 28 del finado enero, presidí en Madrid la comida con que se celebró, con asistencia de más de 200 comensales, el tercer aniversario de la fundación del semanario "España", que ha logrado encarnar su espíritu liberal, democrático y civil en la campaña antigermanófila. Celebrábase, a la vez, la fundación de la Liga antigermanófila, no antigermánica precisamente, española. A los postres tuve que pronunciar un discurso, el único pronunciado en la reunión. Y no porque fuera mío me de callarme que ha tenido resonancia aquí, en España, y aun fuera de ella, y que va a ser traducido por lo menos al francés y al italiano. Y si allí, en el acto, fué acogido como lo fué, debióse sin duda a que acerté a expresar lo que todos los allí reunidos sentíamos, a que me hice vocero de un sentimiento común. Y de un sentimiento mucho más extendido en España, sobre todo entre la gente culta y liberal del elemento intelectual, de lo que se creía.

No he de repetir aquí, ni en una ni en otra forma, lo que ayer en ocho dije en Madrid, mucho más cuanto que ello no fué sino a modo de condensación y resumen de lo que vengo diciendo en la prensa en que colaboro, y sobre todo y principalmente en ésta mi principal y más libre y más querida tribuna de LA NACION, desde que empezó esta guerra. Fué una exposición sumaria, con especial adaptación a España y a los españoles, de los principios que a tal respecto vengo exponiendo.

Nuestra Liga es más antigermanófila que antigermánica, digo, y no que no combatamos contra las doctrinas germánicas. Pero es que mucho peores que los alemanes en este respecto son sus abogados y admiradores españoles. Lo que en mi discurso dije de que los alemanes inteligentes y civilizados que hay en España están avergonzados de los aliados que aquí les han salido, es la pura verdad. Es estrictamente histórico lo que allí conté y es como un alemán amigo mío y residente en España después de decirme que mientras ellos, los alemanes, cuando llega la noticia de algún atropello de su ejército al derecho de gentes piden tiempo para que la noticia se depure, mientras que los germanófilos españoles exclaman: "¡Sí, y además han hecho poco!", me añadió: "¡son muy brutos, señor, son muy brutos!". Esto, que a tantos ha dolido aquí, no lo he inventado yo; es rigurosamente exacto. Y si otros alemanes inteligentes y civilizados residentes en España se callan ese juicio que los eventuales defensores españoles del kaiserismo les merecen no es porque no lo sientan. A este respecto podríamos contar muchas cosas.

No nos cabe duda de que cuando haya concluido del todo la guerra, sea como fuere, ha de quedarles a los alemanes aquí, en España por lo menos, la tarea de deshacer la atmósfera que en contra de ellos han creado sus panegiristas. Entre los que se distinguen los que ni han residido nunca en Alemania, ni saben alemán, ni tienen la menor idea de lo que aquel país sea, sino que se lo han forjado a su fantasía, y a imagen y semejanza de la tradicional y legendaria España del siglo XVI. Pues aquí está la clave de lo más de la germanofilia tradicionalista española.

Las huestes del kaiser, en efecto, para los más de los germanófilos españoles vienen a hacer buenas las atrocidades de las huestes de Felipe II en Flandes. La Alemania oficial, no ya luterana, sino en el fondo materialista y estatolatra de hoy, la de la eficacia, viene a llevar a cabo una obra parecida a la de la Contrarreforma española de la casa de Austria. Su lema es el que cantó Hernando de Acuña, el poeta de Carlos I de España y V de Alemania, el hijo de Felipe el Hermoso y nieto de Maximiliano de Austria e hijo, por la otra parte, de la loca hija de nuestros reyes católicos. Y el lema era:

Un pastor y una grey sólo en el suelo, un monarca, un imperio y una espada.

Sobre todo la espada, porque sin ella no se concebía, ni la concebían hoy nuestros germanófilos, la unidad del imperio.

¡Quién hubiera previsto lo que hoy pasa cuando no hace aún muchos años nuestros reaccionarios algo leídos e instruidos no se hartaban de execrar la ciencia alemana! La ciencia alemana era su coco. Y, sin embargo, podía haberse previsto esto que pasa, y hubo quienes lo previeron. Conocí en esta ciudad de Salamanca un nombre singular, catedrático de historia, ultramontano furibundo e integrista como entonces se decía, el cual me dijo una vez que no leía sino libros de historia escritos con un criterio ortodoxo, fuera de la ortodoxia que fuese, lo mismo que católica, luterana o calvinista o panteísta o positivista o ateística. Porque había también para él una ortodoxia ateística. Lo que no resistía era el criterio genuino y rigurosamente herético, es decir, individual y libre. No toleraba más que lo sistematizado, lo dogmático, sea cual fuese el dogma. Y es que en rigor se entienden las ortodoxias todas como se entienden todas las imposiciones, aunque parecen las unas contrarias a las otras.

Cuéntase que estando una noche Ibsen con unos amigos en un restaurant dijo que la humanidad no progresaría sino cuando el individuo pudiera desenvolverse previamente, y uno que conocía el odio que a Bismarck profesaba Ibsen, le objetó diciéndole que Bismarck sería el ideal de la personalidad libre y señora. A lo que Ibsen replicó que Bismarck era odioso porque conculcaba las otras personalidades. «Entonces hay contradicción», hizo notar el objetante, e Ibsen, escanciándole champaña en el vaso y agitando los maliciosos ojillos, añadió: «Ha encontrado usted, querido amigo, un buen pensamiento de veras fino que no choque en alguna contradicción?» Y lo que los ortodoxos, sea cual fuere la ortodoxia que profesen, no pueden comprender es que un hombre, como un pueblo, tiene que vivir de contradicciones íntimas. Y toda unidad y toda disciplina y toda organización que las mate o las debilite es la muerte del verdadero progreso, del progreso de la libertad civil.

Por supuesto que si por arte de encantamiento se introdujera en España el sistema político germánico, su organización, su disciplina, su burocracia, su jerarquía, los primeros en protestar serían nuestros hoy tan mal aconsejados germanófilos españoles. «No quisiera más,—nos decía hace poco un ilustradísimo oficial de nuestro ejército, espíritu noblemente civil y perteneciente a un cuerpo técnicamente especial de la milicia,—no quisiera más sino que sometiesen a nuestro ejército a la disciplina germánica, pero empezando por los de arriba, y ya verían ustedes cómo alzaban el grito al cielo». Lo que no dudo y lo que hablaría muy en favor de ellos, de los que así se quejaron.

No han pasado sino nueve días de que pronuncie aquel discurso que tan mal sentó a nuestros germanófilos, a



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.S.UA.LES

los turcos españoles; y el acto de locura del gobierno del kaiser de proclamar el bloqueo de los neutrales y muy en especial el de España, ha levantado el espíritu de una buena parte de nuestro pueblo y ha recrudecido las pasiones en lucha. Sin que falten españoles—¿españoles?—para tratar de justificar todavía ese nuevo y más bárbaro atentado al derecho de gentes. ¡Y qué cosas se les ocurre!

Hay que dejar de lado, por supuesto, aquellos miserables que escriben a sueldo de Alemania. Y lo hacen por la paga y no más. ¡El dinero que se ha gastado Alemania en España en esa propaganda! Tiene mucha fe en el procedimiento. Y no hay sino leer ciertas cosas de Bismarck. Verdad es también que allí a cada paso se encuentra uno con anuncios públicos oficiales de que quien descubra o déjate al delincuente tal o cual se le dará tanto o

Y basta, por otra parte, ver su organización del espionaje que no lo ejercen por puro patriotismo sino en mucho por el estipendio. Y han querido operar en España como en casa propia. Bochorno causa, además, confesar que haya españoles de tan miserable codicia que provean de petróleo a los submarinos alemanes para que éstos hundan barcos españoles. Hasta esto se llega y no por germanofilia precisamente.

La situación en estos días se ha agravado grandemente. Y hasta hay quien se empeña en prever que lleguemos a una parecida a la de Grecia que sería ya el colmo de la vergüenza. La prensa, alemana—no germanofila—la que se sostiene con dinero alemán, la escrita por nuestros ulanos de la pluma—así los llaman, aunque mal llamados, pues ni esa denominación merecen, con no ser ella honrosa—ha empezado sus maniobras y hasta amenaza solapadamente con la guerra civil. La cual ha de venir, en una u otra forma, antes o después de hecha la paz.

Esto, en efecto, nos ha servido para conocernos mejor los unos a los otros y hasta para conocerse mejor cada cual a sí mismo. No me cansaré de repetir el caso de un amigo y pariente mío que en una de mis últimas visitas a Bilbao me decía: «mira, chico tienes razón; esto de la guerra ha sido una piedra de toque; jamás habría creído que soy tan reaccionario!» Y en cambio hemos visto en otros desperfarseles los sentimientos liberales y democráticos que tenían dormidos. Y aun más y es que hay personas a quienes la guerra les ha servido para adquirir mayor y mejor conciencia de su cristianismo. Hasta sacerdotes católicos conocemos, de los más ilustrados y cultos, que se han dado cuenta de las corrientes paganas que estaban socavando algún fundamento de su Iglesia. El paganismo estatolátrico germánico y aun más el de los no alemanes idólatras del estado militarista prusiano les ha abierto los ojos.

Esos jóvenes turcos españoles a sueldo de Alemania habíanse dedicado hace poco a una violenta campaña contra el actual presidente del consejo de ministros y no por sus viejas e inveteradas culpas, no por su ordinaria política picaresca sino por aquella nobilísima nota de España en contestación a la de Wilson, por aquella nota en que nuestro gobierno, con alto espíritu de justicia y de prudencia,

se negó a entrometterso y a hacer el juego a la hipócrita oferta de paz, de paz germánica por supuesto, de los imperios centrales y sus secuaces. Y es natural, eso no sirvió sino para que se agruparan en torno al conde de Romanones dispuestos a apoyarle, muchos que antes se hallaban, y por justísimos motivos, distanciados de él. Y hoy en día la actual situación política, la que preside Romanones, se ha hecho más fuerte. No podría substituirle, y no es de creer que con ventaja, más que lo que se suele llamar, no sabemos bien por qué, un gobierno nacional. Un gobierno nacional en que no entrarían, claro está, germanófilos declarados, pues éstos no son nacionales en España. De los emboscados y encubiertos sería muy difícil librarse.

Pero, algo vamos ganando y entre otras cosas que cada vez son más las que no se atreven a confesar abiertamente y paladinamente su germanofilia. Los unos se titulan ridículamente hispanófilos, apelativo sospechoso en un español. Los otros se pasan los días execrando de las filias y fobias, como si pudiese vivir sin éstas pueblo alguno una vida digna de ser vivida. Los otros para atenuar las barbaridades actuales germánicas hablan de las que los ingleses o franceses o rusos hicieron antaño—y no siempre, ni mucho menos, las exponen con respeto a la historia—o, lo que es más grotesco todavía, las que harían en caso tal o cual o las que suponen que van a hacer. Por supuesto, que para los menos embosados la ofensa mayor que nos hizo Inglaterra fué quebrantar, en tiempos de Isabel, el poderío de nuestro Felipe II de Austria y ayudar así a la independencia de los Países Bajos. Y soy de los que creen que eso fué un servicio que nos rindió Inglaterra, no menor que el de ayudarnos a nuestra propia independencia hace un siglo cuando echó de aquí a los ejércitos de Napoleón. Servicio que fué, además, a Francia y no pequeño. Waterloo mismo fué una victoria francesa a la vez que una derrota napoleónica. Así hay que sentir la historia.

MIGUEL DE UNAMUNO.

